

2001

Pablo Neruda: el capitán enamorado de Capri

Martha L. Canfield

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Canfield, Martha L. (Otoño 2001) "Pablo Neruda: el capitán enamorado de Capri," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 54, Article 11.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss54/11>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

PABLO NERUDA: EL CAPITÁN ENAMORADO DE CAPRI

Martha L. Canfield
Università di Firenze

Si los aniversarios sirven, en la variada y tumultuosa onda de la información incesante, para que un evento o una persona regresen de pronto, cargándose de significado nuevo, más allá del tiempo transcurrido, entonces que bien vengan los aniversarios. En el caso de Pablo Neruda y de su feliz estadía en Capri, hace exactamente medio siglo. La estadía duró cuatro meses entre febrero y mayo de 1952 y acaba de ser minuciosamente reconstruida por Teresa Cirillo¹, hispanoamericanista de la Universidad de Nápoles. Esa estadía fue coronada, como bien se sabe, con el famoso poemario *Los versos del Capitán*, que recoge los poemas de amor más bellos que el poeta escribiera, y que fue publicado anónimo, porque la destinataria de esos versos tenía que permanecer secreta, al menos por ese entonces. De la edición, particularmente refinada, hecha en Nápoles, se tiraron únicamente 44 ejemplares, y ello fue posible gracias a la contribución de los suscriptores, cuyo elenco aparece en la primera página, por riguroso orden de adhesión.

Es interesante recorrer hoy esa lista de nombres que reúne la flor y nata de la intelectualidad italiana de la época, además de algunos famosos políticos, naturalmente vinculados al entonces Partido Comunista Italiano (PCI) o, más generalmente, al área de la izquierda. Figuran allí Vasco Pratolini, Mario Alicata, Luchino Visconti, Salvatore Quasimodo, Carlo Levi, Renato Guttuso, Ernesto Treccani, Pietro Ingrao, Giorgio Napolitano... Está también Elsa Morante, que el poeta recordará en uno de los poemas de *Las uvas y el viento*, compuestos también durante la estadía en Capri, en su cándido gesto heroico de defenderlo con su paraguas de los policías que querían arrestarlo en Roma

No olvidaré el pequeño
paraguas de Elsa Morante
cayendo sobre un pecho policial
como el pesado pétalo
de una fuerza florida.

Y está también Giulio Einaudi, que poco antes había publicado una antología de su poesía con traducciones de Salvatore Quasimodo e ilustraciones de Renato Guttuso.

La Italia de ese entonces – es bueno recordarlo – se estaba recuperando del desastre de su pasado fascista y, precisamente, la fuerza de la Resistencia y de las batallas populares, la no fácil constitución de los sindicatos, habían cautivado intelectual y emotivamente a Neruda. En este contexto, el poeta chileno, militante comunista, senador repudiado por su gobierno y buscado por la policía, exiliado de Chile desde 1948, se había vuelto el emblema de la poesía que deja la Academia para mezclarse con el pueblo, la poesía militante y la militancia ennoblecida a su vez por el arte y por la poesía. Neruda, que ya era sumamente popular y muy amado por el público italiano, correspondía a este amor con toda intensidad. Incluso más que la Italia de los monumentos y del pasado grandioso

Yo no viví con las estatuas rotas
ni con los templos cuya dentadura
cayó con sus antiguas jerarquías,

él amaba la Italia tumultuosa del presente:

Yo no viví tampoco
sólo de azul y aroma,

dicen con clara alusión al mítico mar de Caprí, sino que

recibía las hondas sacudidas
del océano
humano².

De modo que, cuando debe elegir un refugio para sí mismo, prófugo político, y para su compañera Matilde Urrutia, que todavía debe esconder, mientras no puedan denunciar al mundo el gran amor que habrá de unirlos para siempre, Neruda elige Italia.

Pero el Ministro de Asuntos Interiores Scelba no se atreve a oponerse a la solicitud del gobierno chileno de declarar al poeta *persona non grata*, y emite contra él una orden de expulsión. A Neruda lo van a buscar a su hotel de Nápoles y lo conducen a Roma, primera etapa en la vía de salida del país. Matilde, que lo esperaba precisamente en Roma, para empezar finalmente

la secreta luna de miel, se entera por los periódicos que la policía lo está llevando a la frontera. Siguiendo el consejo de Guttuso, se va a la estación ferroviaria Términi, para tratar de reunirse con él. Cuando llega encuentra, por un lado, una multitud que aclama al poeta y que protesta indignada contra la resolución del Ministerio; y por otro a los agentes de la policía, que esperan también, con órdenes muy precisas y decididos a intervenir si es necesario. Durante los días que duran las tratativas los periódicos no dejan de hablar del “caso Neruda” y de hacer presión mediante la opinión pública, hasta que por fin el 15 de enero de 1952 el Ministerio hace saber al “ilustre huésped” que se puede quedar en Italia por otros tres meses. Rápidamente los enamorados deciden transferirse a Capri, a la hoy famosa “Casetta di Arturo” de la calle Tragara, invitados por Edwin Cerio. Una profunda amistad, más allá de las diferencias ideológicas, iba a nacer entre los dos hombres y sus respectivas compañeras, Matilde y Claretta, la joven esposa de Cerio.

Es éste el marco en el que se desarrolla el libro de Teresa Cirillo, *Neruda a Capri. Sogno di un'isola*, minuciosa reconstrucción de esos meses cruciales en la vida de Neruda y determinantes para su poesía. Desde entonces, en efecto, su poesía se modera respecto a la visión catastrófica que caracteriza sus libros precedentes, se matiza de dulzura y encanto mediante el sentimiento del amor compartido y empieza a echar raíces en la memoria de lo vivido: tantos personajes y circunstancias de Capri van a volver más tarde en su obra maestra *Memorial de Isla Negra*, y el poeta irá descubriendo incluso una afinidad impensable entre los dos paisajes, en verdad tan distintos, de sus dos casas de la felicidad: la “Casetta di Arturo” y la morada construida sobre la playa oceánica de Isla Negra.

El relato de estos acontecimientos, ameno y lleno de detalles deliciosos, es doblemente interesante: para los lectores de Neruda, obviamente, en primer lugar; y también para quien esté interesado en conocer un aspecto admirable de la vida italiana de entonces. En efecto, a despecho de la actitud negativa del gobierno, y específicamente del Ministerio de Asuntos Interiores, Neruda encontró muchos verdaderos amigos generosos, como Palmiro Togliatti, quien en la triste circunstancia de su expulsión lo hizo acompañar por su secretario privado, que Neruda no olvidará jamás; como Dario Puccini, entonces un joven de vocación hispanoamericanista transformado en el mensajero de amor entre el poeta y Matilde; como Giuseppe Bellini, que empezó ya entonces a ocuparse de la obra nerudiana, editando y traduciendo innumerables poemarios y escribiendo muchos ensayos críticos, sin perder jamás hasta el día de hoy el interés por esta obra; como Vasco Pratolini, Luchino Visconti, Carlo Levi, Antonello Trombadori, Pietro Ingrao, además de otros que se pueden leer en el elenco de suscriptores de *Los versos del Capitán*.

Del libro de Teresa Cirillo, de los muchos documentos que ella ha reunido felizmente, fotos, cartas, reproducciones facsimilares de los mensajes dibujados y coloreados que el poeta mandaba casi diariamente a sus amigos de Capri, emerge un Neruda cosmopolita, que se expresa fluidamente en francés y en inglés – toda la correspondencia de esos meses es en estas dos lenguas –, que tiene amigos en todas partes del mundo – quedarán para siempre ligados afectuosamente a él Ilya Erenburg, Nazim Hikmet, Salvatore Quasimodo, y muchos otros –, pero que sabe mantener siempre sólidas sus raíces chilenas. Tal vez por esto conmueve su visión admirada y aguda de la Italia que frecuenta, sin ceder jamás a la tentación del estereotipo o del lugar común, en la que ve la pobreza y el sufrimiento tanto como la prepotencia del poder, pero en la que descubre también una gran humanidad y capacidad de renovarse. Entre los muchos poemas con los que Teresa Cirillo compone la segunda parte del libro, hay uno particularmente apropiado a los días difíciles que hoy vive este país, amenazado por terrorismos externos e internos, con la amenaza de una reconstitución de las tristemente famosas Brigadas Rojas, con un gobierno contestado en las plazas y a través de los órganos sindicales. Como una prueba más, por si fuera necesaria, de la perennidad del mensaje poético de Neruda, hoy que vivimos un momento de la historia y de la vida colectiva sin duda poco feliz, resulta confortante volver a leer al imperecedero poeta chileno:

En mis manos
 voló la harina, resbaló al aceite,
 pero
 es el pueblo de Italia
 la producción más fina de la tierra
 Yo anduve por las fábricas,
 conversé con los hombres,
 conozco la sonrisa
 blanca de los ennegrecidos rostros,
 y es como harina dura esa sonrisa:
 la áspera tierra es su molino.
 Yo anduve
 entre los pescadores en las islas,
 conozco el canto
 de un hombre solo,
 solo en las soledades pedregosas,
 he subido las redes del pescado,
 he visto en las laderas calcinadas
 del sur, rascar la entraña
 de la tierra más pobre.
 [...]
 y conozco las lágrimas y el hambre
 de los niños,

pero
también conozco el paso
de la organización y la victoria.
Yo no dejé mi pecho
como una lira inmóvil
deshacerse en dulzura,
sino que caminé por las usinas
y sé que el rostro
de Italia cambiará. Toqué en el fondo
la germinación incesante
de mañana, y espero.
Yo me bañé en las aguas
de un manantial eterno.

Firenze, junio de 2002

NOTAS

- 1 Teresa Cirillo, *Neruda a Capri. Sogno di un'isola*, Edizioni La Conchiglia, Capri (Napoli), 2001.
- 2 “La túnica verde”, en *Las uvas y el viento*.